

RECENSIONES

ALCANTARA gustosamente se ocupará, con la extensión que las circunstancias permitan, de los libros que con este fin le sean enviados.

EL CINE Y OTROS POEMAS, por Manuel Pacheco. Badajoz, Diputación Provincial, 1978.

En una edición de gran formato ha visto la luz el último libro de Manuel Pacheco, que, como su título anuncia, tiene un tema casi monográfico. De los treinta y un poemas de la colección, los diecinueve que constituyen la primera parte están dedicados al cine, y la mayoría a obras y realizadores concretos: Bergman, Buñuel, Resnais, Pasolini, Fellini, desfilan por estas páginas junto al cine experimental del canadiense McLaren o a la evocación de una de las obras maestras del expresionismo alemán: *Nosferatu*, de Murnau. Hay que advertir inmediatamente, sin embargo, que se trata del cine visto por un poeta, es decir, algo absolutamente ajeno a la postura del crítico cinematográfico que interpreta, analiza y valora. Los poemas de Pacheco utilizan obras cinematográficas como tema o punto de partida, para erigir inmediatamente sobre ellas un discurso personal en el que, a pesar de las apariencias, el poeta no habla de la película - aunque incluya referencias a ella -, sino de sí mismo. No es, por ejemplo, la actitud de Alberti en las composiciones de *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*, homenaje deliberado y, en cierto

modo, funcional a los grandes payasos del cine mudo. Pacheco es mucho menos respetuoso con los modelos: selecciona un aspecto de la obra, a veces mínimo, y lo transfiere a su propia visión del mundo, que no tiene por qué coincidir, naturalmente, con la del creador cinematográfico. Así, por ejemplo, al evocar el personaje central de la obra de Bergman *El rostro*, escribe: «Disfrazado de Mago/para huir de la vida cotidiana./llenándose el cerebro de poesía./queriendo caminar por encima del agua». Es obvio que la máscara, las transformaciones y estrapelias de Bergman responden a una idea determinada de la realidad como algo engañoso; esta concepción metafísica se trueca en los versos de Pacheco en una interpretación social y hasta mítica que, claro está, se halla dentro de su peculiar poética. La mirada de Pacheco es de una enorme generosidad: le conmueven los «olvidados» de Buñuel, la «Elisa» de Saura, el «Leo» de John Boorman, e incluso se deja engañar por las trampas del *Mondo cane* de Jacopetti, lo que, si desde un punto de vista estrictamente cinematográfico es reprochable, resulta admirable desde un punto de vista ético; y no olvidemos que este carácter férreamente ético es uno de los rasgos permanentes de la poesía de Pacheco.

La segunda parte del libro, que comienza con la composición «La poesía», de espléndida factura - «Tienes de vuelo el pulso y eres mar en insomnio/ y has sembrado las luces de los astros ocultos/ como quien toma un pétalo de fiebre/ y lo deja en el alma» -, se cierra con el poema «Los incendios azules» y tiene en común con la anterior el hecho de que algunos textos están basados en estímulos artísticos - Picasso, la misa loba, el Teatro de Indias -, si bien el núcleo central de esta parte está constituido por la serie titulada «Poemas desde la casa nueva», donde el lector familiarizado con la poesía de Pacheco reconocerá inmediatamente su característica ternura por los humildes, su vocabulario bronco, sus continuas metáforas antropomórficas, mezcladas a veces con sutiles juegos fónicos - «Y el aire lame el lomo del galgo del invierno» - y, en fin, un conjunto de rasgos expresivos que hacen de Pacheco una de las voces más personales e independientes de la lírica actual. *El cine y otros poemas* es un libro cuya importancia requeriría un comentario más extenso que el que permite la forzosa limitación de estas páginas. Queden al menos estas líneas como incitación a su lectura y como constancia de la aparición de una obra singular, que prolonga y enriquece una trayectoria que nuestra habitual miopía crítica para lo que no sea ya histórico no ha valorado aún como se merece.

R. S.

«UNA LEVE AMETRALLADORA EN LA SANGRE», de Amschel Paz. G. Internacional. Madrid, 1975.

El género cuentístico es inagotable; y sorprendente, enramándose, vigorizándose y creciendo en no soñadas direcciones, hasta el infinito.

Un infinito de formas, ideas y policromías. El de este libro que contamos, es una caja de sorpresas en sus 75 relatos contenidos en 150 páginas, (breves todos por tanto). Si debiera definir su contenido diría que primeramente es bastante indefinible y en segundo lugar, que el

autor descubre, - ¿o encubre? -, un género literario relativo y único. Son relatos de un «destape» de espejo deformativo panteístico.

Hay algunos en los que no es difícil adivinar el impacto. - «El Amo» -; algunos de «Gotas» tienen los pensamientos inteligibles, al menos para mí. Otros obligan a pensar para ver de hallar el intrínsculo oculto. La mayoría son incomprensibles, si no recurrimos a un Einstein Freud aplicados a la literatura, a la «metapsíctica» y aun a la «Anti-Lógica»... Pero mientras uno espera hallar luz en el texto oscuro, se va este leyendo (hallar lectores en una de las aspiraciones de los que escriben). La lectura espolea, queremos encontrar en el texto de A. Paz el significado a primera vista ignoto. Sería preferible, -creo yo, claro-, que el autor empleara sus dotes de narrador y dialoguista -que en este libro demuestra que las tiene-, para lograr con sus relatos impactos «directos» en el ánimo del que le lee. Que no quede éste intranquilo por conocer si se le juega una mala pasada: aunque como siempre y en definitiva, el lector es el que en su fuero interno ha de decidir si toma en consideración el fondo -y la forma-, de lo que está leyendo, o si lo juzga como simple fuego de artificio literario.

ALBERTO BERNIS

NUMERO EXTRAORDINARIO Y CONJUNTO DEL BOLETIN OFICIAL DE LOS OBISPADOS EXTREMEÑOS DE BADAJOZ, CORIA-CACERES Y PLASENCIA CON MOTIVO DE LA PRIMERA CONVIVENCIA ECLESIAL EXTREMEÑA EN GUADALUPE (1-V-1978). - Septiembre de 1978. Editorial «EXTREMADURA», CACERES. Tamaño: Cuarto. Consta de 38 páginas numeradas y 8 sin numerar.

Las tres diócesis extremeñas han publicado un Boletín Oficial, extraordinario y conjunto, con datos para la historia

de la primera convivencia eclesial celebrada en Guadalupe, en mayo de 1978.

Buena presentación de la editorial «Extremadura». Sencilla portada en cartulina verde. Símbolo de la esperanza.

Después del índice, y una ilustración en blanco y negro, inserta el prólogo dividido en la búsqueda de identidad de la Iglesia en Extremadura y breve presentación.

El título segundo «Breve historia de estos años (de la dispersión al encuentro) reitera algunos conceptos de la «búsqueda» y parece que huele más a palabras humanas que a profundo mensaje espiritual y salvador.

Bellido Almeida escribe la crónica oficial de la concentración eclesial guadalupense. Hábil resumen de la jornada, bien cortado literariamente, fruto de su larga experiencia periodística. Descubre algún profeta, pero sin credenciales divinas. Oportunísima y necesaria cita del obispo de Badajoz para cristianizar el encuentro y trazar obligado cauce que sintonice con el Evangelio: «Nos reunió el amor de Cristo». Otras motivaciones no serían justas, oportunas ni cristianas.

Seguidamente inserta la ponencia, obra de Majada Neila. En buen marco literario intenta presentar «El hecho extremo» o la Iglesia ante el mismo.

Junto a sus inestimables valores de erudición, se describen hinchadas descripciones de argumentos minusválidos.

No sé si la docta disertación resultaría manjar adecuado para todos los extremos de mediana y elemental formación cultural.

Después, las conclusiones elaboradas por los espontáneos promotores de la futura entidad eclesial de Extremadura.

Y cierra el folleto la relación de los miembros componentes de las comisiones nombradas.

Deseamos que la ilusión del grupo impulsor de una Extremadura religiosa y administrativamente floreciente, fuerte y autónoma, no se quede en sueño otoñal.

T. FERNANDEZ

EL OCEANO PACIFICO: Navegantes españoles del siglo XVI. - Alianza Editorial, Madrid, 1975.

Por casualidad ha venido a nuestras manos un libro verdaderamente valioso para todo amante de la Historia de España y que pese a su pequeño tamaño, contiene una labor de divulgación geográfica e histórica de muchos quilates.

Todo español o hispanoamericano que haya cursado las primeras letras conoce de las exploraciones que nuestros antepasados del siglo de Oro realizaron en el continente que se ha dado en llamar Nuevo Mundo o América. Pero no son tantos los que saben, o por mejor decirlo, son muy pocos los que tienen una idea clara de que el Mundo Novísimo o sea Oceanía, fue íntegramente descubierto y explorado también por España, con la excepción de la Indonesia occidental, a la que llegaron primero los portugueses, hermanos nuestros en fin de cuentas, en la gran Hispania de universales destinos.

Ha tenido que ser un mejicano, Carlos Prieto, el que haya puesto en estudio y divulgación una epopeya no menos gloriosa que la de Colón y sus continuadores hispánicos. El recorrido y escudriñamiento del inmenso Océano Pacífico, con sus tenebrosas y no siempre pacíficas rutas, sus miríadas de islas, sus millones de singladuras, sucesos y peligros.

No sólo en España, fenómeno explicable por la tradicional desidia del «homo hispanicus» tan largo en «facellas» como perezoso y escéptico a la hora de «narrallas» o de recordarlás, sino en todo el mundo universal de la cultura, se ignora prácticamente esta segunda epopeya hispánica. Los historiadores de los demás países que, por el contrario, han dado más prolíficos frutos con la pluma que con la espada o el timón, han puesto — con pocas y honrosas excepciones como las de Humboldt y Brand a los que se refiere el autor — todo su empeño en ignorar, menoscabar y roer todo cuanto de mérito o más bien de inmensa importancia han producido las empresas españolas, descubridoras de dos de las cinco

Partes del Mundo, es decir, de todo el mundo que no conoció la remota Antigüedad.

La obra, que viene prologada por Salvador de Madariaga, es ciertamente digna de figurar en todos los hogares del mundo hispánico aún los más modestos y esto lo ha hecho posible Alianza Editorial al editar este tomo, que es la segunda versión del original que ha sido publicado — y pasado inadvertido por el gran público — en la «Revista de Occidente».

Carlos Prieto pasa revista, resumida pero completa a todas las exploraciones hispánicas del Océano Pacífico, desde la de Magallanes, continuada por Elcano, con la proeza geográfica colosal de dar la Primera Vuelta al Mundo en 1523, hasta las de Legazpi en 1565 cuyo propósito, bien cumplido por aquel insigne vasco, fue agregar a la corona española las Islas Filipinas, ya de antiguo descubiertas. Puede decirse que no hay en el Pacífico archipiélago ni isla importante que no fuera descubierta por aquellos intrépidos aventureros, que impusieron un nombre castellano a todo, nombres que a veces se conservan, como los de Australia, Nueva Guinea, las islas Salomón y otras fueron rebautizados por los marinos ingleses y franceses que redescubrieron doscientos años más tarde todo lo ya descubierto.

Aunque en menor grado que en la epopeya de América, también en la de Oceanía estuvieron presentes algunos extremeños — y esto hace la narración cara a nuestro interés regional —, como Alvaro de Saavedra, pariente de Cortés que salió de Nueva España en 1526 y llegó a las Molucas en los últimos confines con el dominio portugués, y Sebastián Vizcaíno que en 1602 exploró toda la costa americana del Pacífico hasta los confines de Alaska, si bien, ni él ni sus antecesores dieron con la bella bahía de San Francisco, descubierta por vía terrestre en el siglo XVIII por el capitán catalán Gaspar Portolá.

A pesar del reducido formato en este libro se ha encontrado la manera de incluir 13 preciosos y clarísimos mapas y

una treintena de fotografías y además, lleva apéndices documentales y bibliografía. Una pequeña joya incluíble en la más modesta de las bibliotecas.

C. CALLEJO SERRANO



POSTALES GUADALUPENSES. por fray Antonio Corredor, O.F.M. Tercera edición. Cruzada Mariana. Cáceres, 1978.

Vuelve a las andadas fray Antonio Corredor, descorriendo el velo de su musa y limpia inspiración, con el halagüeño presente de un ramillete antológico de sonetos, dedicados al contorno periférico del sin par Real Monasterio de Guadalupe, casa solariega y Templo espiritual de la Morenita de las Villuercas, en la geografía extremeña y, allende los mares. El libro, modestamente bautizado con el nombre de «Postales Guadalupenses», es una perla más para la corona de la Madre del Cielo.

La obra está prologada en su tercera edición por el académico, de singular pluma, fray Carlos Villacampa, y no abandona resquicio alguno en la justa alabanza al autor, y «... a su musa valiente, enmarcada su inspiración en el metro tan señorial y difícil del soneto, para tormento de poetas desde su invención por Apolo».

De toda la atrevida prueba poética sale airoso fray Antonio y con una relevancia sonora en la inspiración estilística y dulce de todos sus versos, con los que se coloca en el pentagrama de su valer, dando el «do» de su talento, en tono alto, muy alto... y, cierra sus páginas con acotaciones bibliográficas, de certeros juicios, entre ellas la de Pemán, destacando el soneto dedicado a San Jerónimo, de difícil apreciación selectiva, pues que todos los sonetos rivalizan en méritos; sí, es cierto que todo el libro es una gran «chifladura» emotiva que habla al alma, así, para nosotros el último de sus sonetos «Atardecer», es una melodía inestable, voladora y soñadora con perfumes de incienso y oración, como si en él, se nos mostrara la belleza estática del P. Cabañuelas.

Treinta y cuatro sonetos, engarzados en fotografías de bellísimo color, artísticamente conseguido y, en primera plana el Templete Mudéjar, asombro arquitectónico, sobre papel couché de primerísimo orden, valores que estructuran el destacado texto del verso de fray Antonio Corredor García, con dominio de una semántica clara y pundonorosa, relevante en altura y prestigio muy evaluado.

ARGENTUM

CUPLES Y TONADILLAS DE PRINCIPIOS DE SIGLO, por Ricardo Senabre. Delegación Provincial de Cultura. Cáceres, 1978.

En un bien impreso epítome se transcribe el texto de una conferencia que el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura, don Ricardo Senabre, dió en el «Aula de la Tercera Edad» de Cáceres, en Noviembre de 1978.

Pocas cosas más agradables al público a quienes estaba dirigida esta conferencia que el contenido de la misma, referida a algo tan popular en los tiempos en que los que hoy se hallan en lo que se ha dado en llamar Tercera Edad, estaban en la Primera. Las tonadillas que en el primer cuarto de siglo andaban en boca de la gente alegre, y tenían su origen en los «Salones de Variedades», donde las tonadilleras o cupletistas las ponían en circulación. Entonces no había televisión ni radio y el fonógrafo —así se llamaba a la sazón—, estaba en sus comienzos, de modo que casi nadie poseía discos ni aparatos de estos que no estaban al alcance de todas las fortunas. De la divulgación de estos aires se encargaban las orquestinas de los cafés y los organillos callejeros, medios de difusión ambos que hace mucho tiempo desaparecieron.

Por todo esto, es sorprendente el conocimiento que Ricardo Senabre, que por su edad nunca pudo conocer estas expansiones, tiene de las mismas y que demostró en su conferencia y demuestra en el texto escrito de las mismas. La per-

sona que firma esta noticia aun alcanzó en su primera infancia, si no a oír, por lo menos a oír hablar profusamente de las más conspicuas de estas tonadilleras que Senabre recuerda en su conferencia. Raquel Méller, de fama internacional. Mercedes Serós, Carmen Flores, Amalia de Ysaura, etc. En cuanto a otras como «La Chelito» o Pastora Imperio habría que remontarse a una generación más para encontrar testigos de sus triunfos.

En la conferencia, Senabre relacionó los distintos temas que eran argumento de los cuplés; amor, celos o «achares», etc. deteniéndose en dos de las cosas que ahora están de moda y entonces se tocaban —muy levemente por lo demás— en algunos cuplés; la política y el erotismo. Claro que no hay que confundir el erotismo de entonces, que era un juego de picardía e ingenio y gracia de más o menos buena ley, con el de ahora en el cual no hay ingenio ni gracia sino una salacidad descocada y sucia, entreverada de aberraciones de la peor ley.

Estamos seguros de que el culto catedrático haría en esta conferencia las delicias de los oyentes de más edad, es decir, los que están rondando la Cuarta, porque les llevaría con su fácil palabra y erudición a rememorar unos instantes de adolescencia y juventud ya muy lejana, obra de caridad que merece todas las gratitudes; porque algún día, con la venia de lo Alto llegará el momento en que a otros, hoy jóvenes y maduros les agrade la reminiscencia de sus años mejores.

C. C. S.

LEXICO DEL MARGINALISMO DEL SIGLO DE ORO, de José Luis Alonso Hernández. Universidad de Salamanca, 1977. 80¹ páginas, XXXV.

La obra de J. L. Alonso no merece otra cosa que elogios, porque —dejando de momento fuera sus valores intrínsecos— viene a llenar uno de los muchos huecos que la lexicografía (y no digamos la lexicología) española tienen. Lleva razón el profesor Pensado cuando afirma en el prólogo que «España es un país subdesa-

rrollado en materia léxica», y por desgracia lo seguirá siendo durante bastantes años, porque no animan a desarrollar este tipo de investigaciones la propia naturaleza —ardua y pesada— del trabajo ni tampoco —¡ay!— muchos profesores de universidad que a veces ignoran que para poder llevar a cabo una investigación lexicológica se hace necesaria una previa descripción lexicográfica.

La introducción al estudio es bastante parca, debido a que —según el prologuista— la parte primera del trabajo del profesor J. L. Alonso constituye un volumen aparte —inédito todavía— y en ella «se declaran, con más amplitud, los principios metódicos que guiaron su trabajo y se presenta una ordenación estructurada de los materiales (...) alfabetizados». En la introducción el autor nos explica cuáles son los límites de su trabajo y qué entiende por lenguaje marginal («el de los grupos no productivos de la sociedad y cuya actividad habitual suele comportar un carácter delictivo»). Partiendo de la base de que ninguna definición es totalmente completa, y de que alguna habrá que ofrecer —aunque sólo fuese para delimitar las áreas de la investigación—, alguna objeción puede hacerse a la que el autor da —aunque no es en absoluto mala la ofrecida—: si por marginalismo se ha de entender los grupos no productivos tendríamos que incluir también a los hidalgos y a los nobles de la época; si hacemos hincapié en el carácter delictivo de los mismos, no nos parece un delito ser un *valentón* o un *embustero* —el vocabulario de valentones y rufianes está incluido en el léxico recogido—. Insistimos, de todas formas, en que no se trata de que estemos en desacuerdo con la definición, ni mucho menos, entre otros motivos porque ya el mismo autor explica y justifica los justos valores en que deben entenderse los términos empleados.

También peca de sucinta la parte de la introducción dedicada a los procedimientos lingüísticos más usuales en la creación del lenguaje marginal. Claro es que —como decíamos— no es más que una síntesis (muy bien hecha, por cierto) de su investigación presentada como tesis doctoral, pero no por ello, y precisa-

mente por su interés, impide que nos quede la insatisfacción de lo demasiado escueto.

Metodológicamente nada hay que reprochar a la investigación. Si pusiésemos algún inconveniente grande al trabajo que nos lleva, lo haríamos a la parte dedicada a la bibliografía, sobre todo a la bibliografía de obras de lexicografía. Faltan títulos importantes que, quizá, el autor ha manejado pero que no se expresan.

En cuanto al léxico, tal vez sea discutible la inclusión en el lenguaje marginal de aquellos términos que sólo encontramos registrados en Quevedo —aunque depende, evidentemente, de en qué obra se encuentre—. Así *mojar*, *mojada* con el valor de «hacer el amor» es una expresión coloquial —lo que no implica marginalismo— que llega hasta nuestros días. *Mostacho* (= bigote) no se puede considerar como término de marginalismo (Vid. Corominas, *DCELC*, s. v.), ni tampoco *sor* (= señor), origen del *so* actual en expresiones como «so bestia», «so idiota», que son términos coloquiales sin connotaciones marginalistas. Son sólo dos ejemplos de algunas de las imprecisiones existentes y que, hasta cierto punto, son lógicas por cuanto el investigador de un léxico determinado pretende siempre ofrecer el mayor número posible de términos, y que no empañan, en absoluto, el valor del trabajo. Ojalá abundasen en la filología española los léxicos como el que ofrece el prof. J. L. Alonso.

Creo que mi opinión podría resumirse en unas frases sencillas: es una obra imprescindible. Era una investigación que había que hacer y que, afortunadamente, se ha llevado a cabo con todas las garantías que exige la ciencia.

M. A.

CACERES, GUIA-CALLEJERO, por Antonio Rubio Rojas. Cronista Oficial de Cáceres. — Industrias Gráficas Caro, S. L., Madrid. 1979.

Patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Cáceres, acaba de ver la luz

(Continúa en la pág. 86)

CUADERNO DE CULTURA. Número 9. Madrid, febrero 1979.

La primera grata sorpresa al tomar este número es encontrar en la portada una bella reproducción (¡Lástima de un letreiro que la atraviesa parcialmente!) del famosísimo *Disco de Teodosio*, bandeja de plata primorosamente labrada con nutrida figuración que se encontró en Almedralejo (Badajoz) en el siglo pasado y que se conserva en la Real Academia de la Historia.

Precisamente el más destacado de los trabajos de este número, por su interés y por sus bellas fotografías, en el que se describen los tesoros artísticos custodia-

dos en el local de dicha Docta Corporación, reproduciendo hermosas fotografías de miniaturas románicas y góticas, una arqueta árabe del siglo XII, el sarcófago alabastrino de Layos y otra vez el disco de Teodosio, pero ahora partido entre dos páginas (mala suerte para el coleccionista de tesoros extremeños). Hay muchísimos otros trabajos de interés: Información sobre el Museo Provincial de Zafra, curioso paralelo en Ramón Gómez de la Serna y el pintor Solana, debido a Manuel Ricardo. Secciones de Música, Pintura Cinematografía y Filatelia. Historia de la Zarzuela, por Jesús Carrillo y en la sección folklórica, trajes y danzas de Castilla la Vieja.

Recopilación y notas. C.C.S.

RECENSIONES

(Viene de la pág. 79)

pública este nuevo callejero del que es autor Antonio Rubio Rojas, Cronista Oficial de la ciudad y joven investigador cacereño. Obra necesaria, ya que la continua expansión del casco urbano y la creación de los polígonos industriales, hacían apremiante el conocimiento de la nueva nomenclatura de las calles cacereñas.

La obra es sustancialmente, una relación alfabética de las mismas con sus correspondientes siglas que las determinan en un plano adjunto desplegable, que se repite por zonas admirablemente amplificado, en el interior del libro y donde se marcan ya con su nombre hasta el más recóndito vial cacereño.

Además de los datos comunes que llevan todos los callejeros, como horario de trenes y autobuses, paradas de taxis; hoteles y restaurantes, localización de centros oficiales y organismos públicos, se ofrecen breves pero enjuiciados comen-

tarios de las principales calles y plazas de la ciudad, con la aportación de datos, muchos de ellos inéditos, donde el buen hacer histórico de Antonio Rubio Rojas, se muestra de modo fehaciente.

La obra editada en cuarto menor, en magnífico papel *couché* estucado sirve de base para la reproducción de artísticas fotografías en negro y color que reflejan con aplaudible buen tino desde la indiscutible solera gótica de nuestro barrio monumental, hasta las más recientes muestras arquitectónicas del arte actual, pasando por las interesantes realizaciones modernistas de la *belle époque* cacereña.

Recordemos igualmente, el buen trabajo del artista colaborador José Masa Solís, que firma el plano y los dibujos publicitarios, por su clara delineación y buen gusto.

Terminemos afirmando, que Antonio Rubio Rojas, ha logrado con la publicación de *Cáceres, Guía-Callejero*, transformar un tema un tanto árido y monótono en una obra de agradable aspecto y utilidad popular.

J. A. OLIVER MARCOS

FUNDADORES

Tomás Martín Gil (†), Fernando Bravo, José Canal y Jesús Delgado

DIRECTOR

Carlos Callejo Serrano

CUADRO DE REDACCION

Valeriano Gutiérrez Macías, José Canal Rosado,
Narciso Sánchez Morales, José Augusto Oliver Marcos

PRINCIPALES COLABORADORES

D. Acedo Iglesias, L. Alvarez Lencero, R. Becerro de Bengoa, J. M. Bermejo, Pedro Caba, Matilde Camús, Pureza Canelo, J. Cendal Peñalver, Julio Cienfuegos, Edmundo Costillo, Víctor Chamorro, R. Delgado Fernández, Ángel Dotor, Francisco Fernández Serrano, Teodoro Fernández, Antonio C. Floriano, Eugenio Frutos, M. González - Haba, Vicente González Ramos, V. Gutiérrez Durán, José López Martínez, Adolfo Maillo, J. L. Majada, Eladia Montesino, Eladia Morillo-Velarde, A. Muñoz de la Peña, S. Nicolás Rodríguez, J. Pablo Abal, Manuel Pacheco, H. E. Pedemonte, A. Pérez Sánchez, Antonio Rubio Rojas, Nicolás Sánchez Prieto, E. Segura Covarsí, Miguel Serrano, J. P. Vera Camacho y M^a Rosa Vicente

ALCANTARA - Revista de Cultura extremeña - CACERES

Se publica cada trimestre

SUSCRIPCION: 100 pesetas anuales

Número suelto: 25 pesetas